

## CAPÍTULO XXII

### Fatalidad

Pero Luisa no entró en su habitación, sino en el cuarto de Salvato.

En la lucha entre el amor y el deber, el primero había quedado vencido; pero, por lo mismo que había tenido la fuerza de sacrificarle á sus deberes, se creía con derecho de regar con sus lágrimas aquel amor inmenso.

Y en efecto, desde el día en que dijo á su marido: « Yo también marcharé, » sus lágrimas habían corrido abundantemente.

No sabiendo cómo dirigir sus cartas á Salvato, determinó no escribirle; pero, en cambio, había recibido dos cartas de Palmieri.

¡Y aquel amor ardiente, aquella profunda alegría que experimentaba á cada línea de las cartas del joven la despedazaba el corazón al pensar en el amargo desengaño que experimentaría Salvato,

cuando viniese lleno de esperanza y seguridad, creyendo encontrar abierta la ventana y á Luisa en aquella habitación donde entonces lloraba con tanta amargura, y encontrase la ventana cerrada y el cuarto vacío!

Y sin embargo, no se arrepentía de su resolución: si ahora que había llegado el instante supremo de marchar la hubiesen dejado elegir, su conducta habría sido la misma.

Luisa llamó á su doncella.

Giovanina acudió á la voz de su ama. Había visto entrar á Miguel y sospechaba algún acontecimiento extraordinario.

— Nina, le dijo la San Felice, esta noche salimos de Nápoles. Os encargo que arregléis las maletas y que pongáis en ellas los objetos de mi uso habitual. Vos los conocéis tan bien como yo, ¿ no es cierto? »

— Sin duda, señora, respondió la doncella, y voy á arreglarlos inmediatamente; pero antes quisiera que la señora tuviese la bondad de explicarme una cosa.

— ¿ Cuál, Nina? repuso Luisa, admirada de la firme entonación con que la doncella había respondido á la orden que acababa de darle.

— Creo que la señora ha dicho que esta noche salimos de Nápoles.

— ¿Y bien ?

— ¿Piensa la señora llevarme consigo ?

— Sí ; pero si tenéis algún inconveniente, por pequeño que sea...

Nina comprendió que había ido demasiado lejos.

— Si no dependiese más que de mí, con el mayor placer acompañaría á la señora aunque fuera al fin del mundo ; pero cuando, por desgracia, se tiene familia...

— Tener familia nunca es una desgracia, hija mía, interrumpió Luisa con infinita dulzura.

— Dispensadme, señora, si os hablo con demasiada franqueza...

— Nada tengo que dispensaros, Nina. ¿Vais á decirme que vuestra familia no permitirá que abandonéis á Nápoles ?

— Estoy segura de ello, señora, respondió Giovanna vivamente.

Pensando entonces Luisa que sería menos cruel para Salvato encontrar en casa alguien que le hablase de ella, repuso.

— Pero si vuestra familia no os permite marchar ¿os permitirá á lo menos permanecer aquí durante mi ausencia para que cuidéis la habitación ?

— ¡ Oh ! ¡ en cuanto á eso, sí, señora ! exclamó

Nina tan precipitadamente, que si Luisa hubiera tenido la menor sospecha de lo que pasaba en el corazón de la joven, habría comprendido entonces la causa de su primera negativa.

Giovanina añadió moderando su alegría :

— Estar al cuidado de los intereses de la señora será para mí un honor y un placer.

— Pues bien, Nina, en ese caso, os quedaréis aquí, por más que me cueste renunciar á vuestros servicios. Quizá no sea muy larga nuestra ausencia. Mientras dure, diréis á los que vengan á verme que el deber de mi marido es seguir al príncipe, y el mío, seguir á mi marido. Recordad bien mis palabras, Nina ; vos que no queréis abandonar á Nápoles, comprenderéis mejor que nadie lo que yo sufro al separarme de aquí. Les diréis que he hecho mis preparativos de viaje con los ojos bañados en lágrimas y que he dado un doloroso adiós á cada una de estas habitaciones, á cada uno de los objetos que encierran. Y cuando les habléis de mis lágrimas, podréis asegurarles que no son vanas palabras, puesto que las habéis visto correr.

Luisa acabó la frase en un sollozo.

Nina, aprovechando el momento en que su ama llevaba el pañuelo á los ojos, la miró con una expresión de extraordinaria alegría.

— Y si viene el señor Salvato... preguntó después de vacilar un instante, ¿ qué le diré?

Luisa descubrió el rostro.

— ¡ Que le amo siempre! respondió con un acento de suprema serenidad, ¡ y que este amor durará tanto como dure mi vida! Decid á Miguel que no se aleje, que tengo que hablarle antes de marchar y que cuento con que me acompañe hasta la ribera.

Nina salió.

Luisa apoyó entonces su rostro sobre la almohada de la cama de Salvato, depositó en ella un beso y abandonó también la habitación.

Acababan de dar las tres, y San Felice, con su puntualidad acostumbrada, entró en el comedor por la puerta de su despacho al mismo tiempo que Luisa entraba por la de la alcoba.

Miguel estaba en pie sobre la gradería, fuera de la puerta.

El caballero echó una mirada en torno suyo, como buscando al *lazzaroni*.

— ¿ Dónde está Miguel? preguntó. Supongo que no se habrá marchado.

— No, ahí está, dijo Luisa; Ven, Miguel! el caballero te llama y yo también tengo que hablarte.

— ¿ Sabes lo que ha hecho este muchacho?

preguntó San Felice poniéndole la mano en el hombro.

— No; pero estoy segura de que es alguna buena acción, respondió Luisa.

Y añadió melancólicamente:

— En la Marinella le llaman Miguel el Loco; pero el cariño que nos tiene le hace razonar cuando se trata de nosotros.

— ¡ Bah! dijo Miguel, el asunto no es para tanto.

— Verdad es que no vale la pena de mencionarle, continuó San Felice sonriendo bondadosamente. Como soy tan distraído, se me olvidó referírtelo al entrar.

— ¿ Y qué es ello?

— Nada, que acaba de salvarme la vida.

— ¡ Salvarte la vida! ¿ y cómo? preguntó Luisa con la voz alterada.

— Muy sencillamente: figúrate que un bribónquería hacerme besar la cabeza del infeliz Ferrari, y porque me negué á ello, se puso á llamarme jacobino, calificación malsonante y algo peligrosa en los tiempos que corren. La palabra empezaba ya á producir efecto, cuando Miguel apareció como por ensalmo entre la muchedumbre, tiró del sable y me libró de la mala pasada que sin duda iba á jugarme

aquel energúmeno. Por más que pienso, no puedo comprender qué motivo de resentimiento podía tener contra mí...

— Ninguno, pero probablemente los tiene contra la casa. ¿Os acordáis de lo que el doctor Cirillo os dijo respecto á un asesinato que se cometió bajo vuestras ventanas en la noche del 22 al 23 de Septiembre? Pues bien, ese es uno de los cinco bribones que salieron cardados á pedir de boca.

— ¡ Ah! ¿ recibió bajo mis ventanas el chirlo que tiene en la mejilla?

— Justamente.

— Entonces, comprendo que el sitio deba parecerle nefasto; pero ¿ qué tengo yo que ver con eso?

— Nada; sin embargo, si vais alguna vez al Mercado Viejo, os aconsejo que no vayáis sin mí.

— Te lo prometo. Y ahora, abraza á tu hermana y siéntate á comer con nosotros.

Miguel estaba acostumbrado á este honor que de cuando en cuando le dispensaban el caballero y Luisa. Por consiguiente, aceptó la invitación sin hacerse de rogar, máxime siendo menor la distancia que le separaba de sus nobles amigos desde que le habían nombrado capitán.

Á eso de las cuatro, se detuvo un carruaje á la

puerta de la calle y entró, conducido por Nina, el secretario del duque de Calabria. San Felice pasó con él á su gabinete; pero ambos salieron á los pocos minutos.

Miguel aparentaba no comprender una palabra de aquellas idas y venidas.

Al salir de su despacho, y después de haber despedido al secretario del príncipe, el caballero hizo señas á Luisa preguntándole si podía hablar delante del *lazzaroni*.

Luisa respondió afirmativamente, sabiendo que su hermano de leche sería capaz de sacrificar su vida por ella y por su marido.

— Miguel, le dijo entonces San Felice; prométemos que á nadie en el mundo dirás una palabra del secreto que vamos á confiarte.

— ¡ Ah! ¿ sabes tú lo que es, hermanita?

— Sí.

— ¿ Y es menester callarse?

— Ya oyes lo que te encarga el caballero.

Miguel hizo un gesto expresivo, llevándose á los labios el índice y el pulgar.

— Seré mudo, como si el *beccaio* me hubiese cortado la lengua.

— Pues bien, sábeta que todo el mundo marcha esta noche.

— ¡Cómo! ¿todo el mundo? ¿quién?...

— El rey, la reina, la familia real, nosotros...

Los ojos de Luisa se arrasaron de lágrimas que su hermano de leche notó al dirigirle una rápida mirada.

— ¿Y á dónde es el viaje? preguntó Miguel.

— Á Sicilia.

El *lazzaroni* meneó la cabeza.

— ¡Ah! ¿no le apruebas? dijo San Felice.

— No tengo el honor de pertenecer al consejo de Su Majestad; pero si le tuviera, podéis estar seguro de que le diría: « Señor, no abandonéis á Nápoles. »  
¡ Oh! ¿ por qué sus consejeros no le hablan con la misma franqueza?

— El almirante Caracciolo y el cardenal Ruffo se lo han dicho, repuso el caballero; pero el ministro Actón y la reina tienen miedo, quieren fugarse, y el asesinato de hoy ha decidido al rey á marchar á Sicilia.

— ¡ Ta, ta, ta! exclamó Miguel, ahora comprendo por qué se hallaban Pascuale de Simone y el *beccaio* entre los asesinos. En cuanto á fray Pacífico, el pobre hombre estaba allí como su burro, sin saber por qué.

— Según eso, dijo Luisa, ¿ crees tú, Miguel, que haya sido la reina?...

— ¡ Chist! esas cosas, hermanita, se piensan, pero no se dicen. ¡ No importa! el rey hace mal en huir. Los franceses no entrarían jamás en Nápoles si él se quedara, porque antes moriríamos todos. ¡ Ah! ¡ si el pueblo supiera que el rey le abandona!...

— Por eso es preciso que no lo sepa, Miguel; por eso te he exigido formal promesa de no decir á nadie una palabra. De todos modos, esta noche partimos.

— ¿ Y tú también, hermanita? preguntó Miguel, con acento que no dejaba de revelar cierta sorpresa.

— ¡ También ella! respondió el caballero estrechando la mano de Luisa. ¡ Se empeña en acompañarme, y no hay más remedio que complacer á esta niña mimada!

— Pues bien, ¡ podéis tener el orgullo de haberos casado con una santa!

— ¡ Miguel!... exclamó Luisa.

— ¡ Yo sé lo que me digo! Conque, ¿ marcháis esta noche? Por la Madonna, que yo también os acompañaría de buena gana.

— ¡ Pues vente con nosotros, Miguel! exclamó Luisa, pensando que en el *lazzaroni* tendría á lo menos un amigo con quien poder hablar de Salvato.

— Imposible, hermanita; es preciso que cada uno cumpla con su deber. El tuyo te aconseja partir;

el mío me ordena quedarme. Soy capitán y jefe del pueblo, y no me han colgado este sable del cinto para que únicamente le esgrima sobre la cabeza del *beccajo*; sino para batirme, para defender á Nápoles, para matar cuantos franceses pueda.

Luisa no pudo reprimir un movimiento.

— ¡Oh! no te asustes, hermanita, repuso Miguel echándose á reír, que por muchos que mate, siempre quedará alguno para contarlo.

— Esta noche nos embarcamos en la ribera Vittoria para trasladarnos á bordo de la fragata del almirante Caracciolo, anclada tras el castillo del Huevo. Mientras tanto, quisiera que no abandonases á tu hermana y que en el momento del embarque estuvieras allí para protegerla, si necesario fuese, como me protegiste á mí hace dos horas.

— ¡Oh! en cuanto á eso, podéis estar tranquilo. Por vos me haría matar, pero por ella moriría mil veces. Sin embargo, repito que si el pueblo sospechase el negocio, ¡buena se armaría!

— Conque, es cosa convenida, ¿no es verdad, Miguel? dijo el caballero levantándose de la mesa. Ya no abandonas á Luisa hasta que no la dejes en el bote.

— Descuidad, que no me separaré ni un minuto

de su lado; seré para ella lo que la sombra al cuerpo en un día de sol.

San Felice entró en su gabinete á fin de empaquetar sus libros y de ordenar los empezados manuscritos que pensaba llevar en su viaje.

En cuanto á Miguel, que no tenía otra cosa que hacer sino cuidar á su hermanita, fijó en ella su cariñosa mirada, y al ver dos gruesas lágrimas que rodaban silenciosamente por sus mejillas:

— ¡*Mannagia la Madonna!* exclamó, hay hombres que nacen con fortuna y el caballero es uno de ellos; estoy seguro de que Assunta no haría por mí lo que tú haces por él.

Luisa se levantó y entró precipitadamente en su cuarto, cerrando la puerta detrás de sí; pero no tanto que Miguel no oyese el ruido de los sollozos que á su pesar se escapaban de su oprimido seno.

En otra ocasión, cuando era Salvato, y no Luisa, el que abandonaba á Nápoles, seguimos el movimiento pausado y desigual de las agujas de la péndola, y con nosotros le seguían dos corazones anhelantes; pero, apoyados uno en otro, aquel movimiento no les parecía tan doloroso como ahora lo era para este pobre corazón solitario que no tenía otro sostén ni otro consuelo que la conciencia del deber cumplido.

Como de costumbre, Luisa pasó desde su alcoba al cuarto de Salvato. Al atravesar el corredor, oyó no sin asombro, la voz de su doncella Giovanina que cantaba una alegre canción napolitana. Aquel arranque de alegría un poco intempestiva hizo suspirar á Luisa.

— ¡Pobre chica! murmuró, está contenta porque se queda en Nápoles... ¡Ay! si yo fuera libre, si yo pudiera quedarme como ella, también yo cantaría.

Y entró en su cuarto con el corazón más oprimido que antes, á causa de aquel júbilo que tan marcado contraste formaba con su acerbo dolor.

Inútil nos parece decir cuáles eran los pensamientos que, al entrar en el santuario de sus amores, llenaban la mente de Luisa. Los recuerdos de su vida entera cruzaron por su imaginación, y decimos, de su vida entera, porque la enamorada joven no había vivido sino durante las seis semanas que Palmieri permaneció en aquel cuarto.

Cada día, cada hora, cada minuto de aquel período fugitivo, en que tan angustiosas y dulces emociones había experimentado, se despertaba en su memoria, bañado en esa mágica luz que presta el recuerdo á los instantes de pasada ventura: veía á Salvato herido y moribundo en su lecho de dolor;

veíale ya convaleciente dando por la habitación los primeros paseos apoyado sobre su brazo; veíale, en fin, en el día de su marcha, suspendido á la balaustrada de aquel antepecho por el cual saltó á la callejuela contigua, sellando sus labios al decirle adiós con un primer beso que confundió sus dos almas en una sola.

Luisa seguía con los ojos de su mente aquella larga serie de embriagadoras imágenes, cuando llamaron á la puerta con precaución y oyó la voz de Miguel que la decía por el ojo de la llave:

— Soy yo, hermanita.

— ¡Entra, Miguel, entra! respondió la joven; bien sabes que para ti no tengo secretos.

Miguel entró con una carta en la mano.

Luisa, con los brazos extendidos y conteniendo la respiración, dirigió al sobre una mirada escrutadora.

¿Tendría el supremo consuelo de recibir en tan angustioso instante una carta de Salvato?

— Aquí tienes, hermanita, dijo Miguel, una carta de Pórtici que acaba de traer el cartero.

— ¡Oh! ¡dámela, dámela! exclamó Luisa, ¡es de él!

El *lazzaroni* le entregó el billete y fué á cerrar la puerta; pero antes de cerrarla:

— ¿Puedo quedarme? preguntó.

— Sí, tú nunca me estorbas, Miguel.

Luisa rompió el sobre con temblorosa mano. La emoción y el velo de lágrimas que cubría sus ojos no la permitieron por el momento leer el contenido de la carta.

Por fin, al cabo de algunos segundos, leyó :

« San Germano 1º, por la mañana. »

— ¡ Me escribe de San Germano! dijo Luisa á Miguel interrumpiendo la lectura.

— Lee, lee, hermanita, eso te consolará.

Luisa estrechó la carta contra su corazón y repuso después de enjugar sus lágrimas :

« Querida Luisa : »

» ¡ Participad de mi alegría! acabo de ver á la única persona á quien amo tanto como á vos, aunque es un amor de naturaleza bien diferente : ¡ acabo de ver á mi padre!

» Su existencia, así como el sitio en que vive, es un secreto que aun á vos misma debo ocultar, pero que sin embargo os confiaría si en vez de escribiros tuviese la dicha de hablaros. ¡ Un secreto para vos! casi me río al decirlo. ¿ Por ventura tiene uno secretos para la mitad de su alma?

» He permanecido junto á mi padre, á quien había diez años que no veía, desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana. Durante ese tiempo, él me ha hablado de Dios y de la muerte, yo de vos y de mi amor.

» Mi padre es uno de los pocos hombres que á un talento privilegiado reúnen un corazón lleno de bondad y de ternura. Ha sufrido y amado mucho y ¡ compadecedle! hoy no cree en nada.

» Vos, que sois el ángel guardián del hijo, rogad por el padre : Dios escuchará benigno la súplica de un alma tan pura como la vuestra y tal vez le concederá la luz de la fe.

» Otra mujer que no fuerais vos se habría sin duda admirado de no hallar veinte veces en las líneas que llevo escritas la frase : « ¡ yo os amo ! » Pero ¿ no es verdad, Luisa, que vos la habéis leído ya, no veinte veces, sino ciento? Hablaros de mi padre, del cual no puedo hablar á nadie absolutamente, deciros la inmensa alegría que acabo de experimentar al estrecharle contra mi pecho después de tan larga ausencia ¿ no es abriros mi corazón y deciros de rodillas : « Luisa, Luisa mía, yo os amo? »

» Escribo esta carta á veinte leguas del ángel de mi vida, de mi hermosa maga de la Palmera, y cuando llegue á vuestras manos será

menor la distancia que nos sépare. Estamos rodeados de latro-facciosos, los cuales nos hostigan, asesinan y mutilan sin dejarnos un instante de reposo; pero no por eso nos detendremos. ¿Por qué? porque nosotros no somos un ejército que invade un reino y marcha á la conquista de una capital; sino la encarnación de una idea que da la vuelta al mundo...

» ¡Magnífico! ¡me pongo á hablaros de política en vez de hablaros de mi amor!

» ¿Á que acierto, Luisa mía, en qué sitio leéis estas líneas? Las leéis en nuestro cuarto, ¿no es verdad? Sentada á la cabecera de mi cama; en ese cuarto donde bien pronto volveremos á vernos y entre cuyas mágicas paredes olvidaré á vuestro lado los interminables días que paso lejos de la luz de mi alma... »

Al llegar aquí, el llanto nubló los ojos de Luisa y los sollozos ahogaron su voz.

Miguel corrió hacia ella y se arrodilló á sus pies.

— ¡Vamos, hermanita, valor! Tu sacrificio es muy hermoso y Dios te le recompensará. ¡Y quién sabe! ambos sois jóvenes, y acaso llegue un día en que volváis á veros y seáis felices.

Luisa movió la cabeza tristemente.

— ¡No, no, dijo con las mejillas anegadas en lágrimas, no le veré nunca! Y más vale que no volvamos á vernos, porque le amo demasiado y si le viera no podría separarme de él.

— En fin, si algo hay en tu dolor que pueda servir de consuelo, repuso el *lazzaroni*, es que no viéndole, no se cumplirá la triste profecía de Nanno.

— ¡Oh! si yo pudiera amarle sin remordimiento, ¿qué me importarian todas las predicciones del mundo, por fatídicas que fuesen?

— Vamos, cálmate y prosigue la lectura, dijo Miguel.

Luisa plegó la carta y la guardó en el pecho.

— ¡No, no quiero acabar de leerla! repondió; ¡si continuara hablándome de la felicidad que espera en volver á verme, no tendría valor para salir de aquí!

En aquel momento, se oyó la voz de San Felice que llamaba á Luisa.

La joven se lanzó al corredor. Miguel salió tras ella cerrando la puerta.

En el salón que comunicaba con el comedor, estaba esperándola el doctor Cirillo.

Al verle, se cubrieron de un vivo encarnado las mejillas de Luisa. El doctor era una de las personas

que estaban en el secreto, y la joven no ignoraba que las cartas de Salvato llegaban hasta ella por conducto del comité republicano del cual formaba parte Cirillo.

— Ven, querida Luisa, le dijo San Felice; aquí tenemos á nuestro buen doctor, á este pícaro que tan caro se nos vende. Quiere informarse de cómo sigues, y espero que tu salud no le dejará nada que desear.

El médico saludó á la joven, y al primer golpe de vista comprendió la turbación que la dominaba.

— Sigue mejor, dijo después de examinarla; pero todavía no está completamente buena, y me alegre de haber venido hoy.

Cirillo pronunció la palabra *hoy* de una manera significativa; la joven inclinó la vista al suelo.

— Vamos, dijo San Felice, voy á tener que dejaros solo con ella, lo veo. Estos señores médicos tienen privilegios que ni los maridos poseen. Dad gracias á que tengo que hacer en mi cuarto; sino, os aseguro que me ponía á escuchar á la puerta.

— Pues haríais muy mal, querido amigo, dijo el doctor, porque tenemos que hablar de cosas de la mayor importancia política; ¿no es verdad, hija mía?

Luisa trató de sonreír; pero sus labios no se

entreabrieron sino para dejar paso á un suspiro.

— Parece que el asunto es más grave de lo que yo creía; conque así, apresuraos á dejarnos solos, San Felice.

Y Cirillo se puso en pie, y echándose á reír, empujó al caballero hacia la puerta, la cual cerró tras él.

Luego, volviéndose á Luisa:

— Henos aquí solos, hija mía, le dijo estrechándole ambas manos. ¿Habéis llorado?

— ¡Oh! ¡muchísimo!

— ¿Antes ó después de recibir una carta suya?

— Antes y después.

— ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

— ¡Ninguna, gracias á Dios!

— Más vale así, porque es un alma noble y vigorosa; una de esas naturalezas que tanta falta hacen en nuestro pobre reino de Nápoles. ¿Tenéis, pues, algún otro motivo de aflicción?

Luisa guardó silencio; pero sus ojos se arrasaron de lágrimas.

— ¿Supongo que no será San Felice quien ocasiona vuestra pesadumbre? preguntó Cirillo.

— ¡Oh! ¡no! exclamó Luisa, mi esposo es un ángel de bondad.

— Comprendo: eso es que se marcha y vos os quedáis.

— Sí, se marcha; pero yo le acompaño.

Cirillo miró á la joven con ojos de asombro.

— Si vuestro esposo es un ángel de bondad, vos sois un ángel de pureza, Luisa, como los que están en el cielo á los pies del Señor.

— No, yo no soy un ángel, puesto que lloro; los ángeles no lloran cuando cumplen con su deber.

— Cumplid el vuestro y llorad, que vuestras lágrimas son meritorias á los ojos de Dios. Yo cumpliré el mío diciéndole cuánto le amáis y cuánto sufrís. Id, hija mía, y de cuando en cuando, acordaos de mí en vuestras oraciones: las plegarias como las vuestras no pueden menos de llegar hasta el trono del Eterno.

Cirillo quiso besarle las manos; pero Luisa se colgó á su cuello diciéndole:

— ¡Oh! abrazadme como un padre abrazaría á su hija.

El ilustre doctor abrazó á la joven con un respeto mezclado de admiración.

— ¡Oh! ¿no es verdad, amigo mío, que se lo diréis todo? murmuró Luisa al oído de Cirillo.

Éste le estrechó le mano en señal de asentimiento.

En aquel instante, San Felice apareció en la

puerta y encontró á su mujer en los brazos de su amigo.

— ¡Calla! ¿curáis á vuestros enfermos abrazándolos, doctor? le dijo echándose á reír.

— No, amigo mío: pero abrazo á las personas que aprecio y venero al despedirme de ellas. ¡Ah! ¡sois el hombre más dichoso del mundo, San Felice!

— ¡Y el más digno de serlo! dijo Luisa tendiendo la mano á su marido.

— No siempre lo son los más dignos, repuso Cirillo. Y ahora, buen viaje y hasta la vista: espero que nuestra separación no será muy larga. Marchad, y servid á vuestro príncipe, amigo mío; yo me quedo y trataré de servir á mi país.

Luego, reuniendo entre las suyas la mano de San Felice y la de Luisa:

— Quisiera ser San Gennaro, añadió sonriendo, no para hacer un milagro dos veces al año, lo cual es mucho *milagrear* en nuestra época descreída; sino para bendeciros como ambos merecéis. ¡Adiós!

Y se lanzó fuera de la casa.

San Felice le siguió hasta la gradería y desde allí le hizo un signo de despedida con la mano. Luego, volviéndose á su esposa:

— El carruaje del príncipe vendrá á buscarnos á las diez, le dijo.

— Bien, para esa hora estaré lista.

Y en efecto, á las diez de aquella noche, después de haber dicho adiós al cuarto de Palmieri, después de haberse despedido de todos los objetos que encerraba, después de haber cortado un rizo de sus rubios cabellos y sujetado con él al pie del crucifijo un billete en el cual había escrito estas solas palabras: « Te amo, hermano mío, » tomó el brazo de San Felice y, desconsolada como una Magdalena, pero hermosa y pura como una Madonna, montó en el carruaje del príncipe. Su hermano de leche Miguel se acomodó en el pescante junto al cochero.

Nina, con los labios palpitantes de alegría, besó la mano de su ama.

La portezuela se cerró y el coche partió á galope.

Ya hemos dicho que hacía un tiempo infernal. El viento, el granizo y la lluvia azotaban los vidrios del carruaje; el golfo, que á pesar de la obscuridad que reinaba se veía en toda su extensión, era un inmenso hervidero que las alborotadas olas, atropellándose unas á otras, cubrían de amarillenta espuma. San Felice miró con espanto aquel mar furioso que Luisa no veía, combatida como se hallaba por otra tempestad mucho más violenta. Entonces

le horrorizó la idea del peligro á que iba á exponer la única persona que amaba en el mundo, y dirigió una mirada angustiosa á Luisa, la cual permanecía pálida, inmóvil y silenciosa en un rincón del carruaje. Los ojos de la joven estaban cerrados y gruesas lágrimas filtraban por entre sus pestañas y corrían por sus mejillas. El caballero, comprendiendo por primera vez que su esposa le hacía algún sacrificio que él ignoraba, cogió su mano y la llevó á los labios. Luisa abrió los ojos y sonrió á su marido á través de sus lágrimas.

— ¡ Cuán bueno sois, amigo mío, y cuánto os amo! le dijo.

San Felice enlazó con su brazo el cuello de su esposa, apoyó la cabeza de Luisa contra su pecho, y, levantándola el capuchón del manto de raso que la cubría, depositó en sus cabellos un beso apasionado que aquella vez era algo más que paternal.

Luisa no pudo contener un gemido.

El caballero fingió no haberle escuchado.

Al fin llegaron á la cuesta de la Vittoria.

Una barca montada por seis remeros esperaba á la orilla del mar, luchando contra las olas que la empujaban hacia la playa.

Apenas vió el patrón llegar el carruaje, compren-

diendo que en él venían las personas que estaba aguardando, gritó desde la popa:

— ¡ Despachad pronto! la mar está malísima y casi no podemos gobernar la barca.

Y en efecto, un solo golpe de vista bastó á San Felice para convencerse de la crítica situación del frágil esquife.

Entonces se aproximó á Miguel, le dijo algunas palabras al oído, y, cogiendo á Luisa de la mano, bajó con él hacia la playa.

Una inmensa ola, rompiéndose contra la arena, los llenó de espuma antes que hubiesen llegado á la orilla del mar.

Luisa arrojó un grito de espanto.

El caballero abrió los brazos y la estrechó contra su corazón.

En seguida hizo una seña á Miguel.

— Espera aquí un momento, dijo á Luisa, voy á saltar al bote para que pongan la plancha, y Miguel y yo te ayudaremos después á embarcarte.

Luisa había llegado á ese extremo de dolor que precede al aniquilamiento de las fuerzas y que apenas deja voluntad de obrar. Así es que pasó de los brazos de su esposo á los de su hermano de leche casi sin apercibirse de ello.

San Felice se aproximó resueltamente á la barca y

saltó á ella aprovechando el instante en que dos hombres la acercaban á la orilla por medio de un bichero.

— ¡ Largad! exclamó en cuanto puso el pie en el bote.

— ¿Y la señora? preguntó el patrón

— Se queda.

— Bien mirado, la mar no está para que se embarquen mujeres. ¡ Bogad, muchachos! ¡ bogad á una y de firme!

En un segundo, el bote se alejó diez brazas de la orilla.

Tan rápida había sido la escena, que Luisa no tuvo tiempo de adivinar las intenciones de San Felice.

Viendo que la barca se alejaba, arrojó un grito desesperado.

— ¡ Pero, y yo! ¡ y yo! dijo tratando de desprenderse de los brazos de Miguel para seguir á su marido.

— ¿Qué diría tu padre, á quien prometí velar por tu existencia, si viera desde el cielo que te exponía á un peligro semejante? respondió San Felice levantando la voz.

— ¡ Pero yo no puedo quedarme en Nápoles! grito Luisa fuera de sí. ¡ Quiero marchar, quiero seguirte!... ¡ Luciano, espérame! ¡ no me abandones, porque si me quedo soy perdida!

El caballero estaba ya muy lejos; una ráfaga llevó hasta la playa estas palabras:

— ¡Miguel, yo te la confío!

— ¡No, no! exclamó Luisa desesperada. ¡No me confíes á nadie más que á ti, Luciano! ¡Oh! ¡tú no sabes, tú no sabes que le amo!

Y al dirigir á su marido esta última frase, en la cual empleó la joven el resto de energía que la quedaba, la abandonaron sus fuerzas y cayó desmayada en los brazos de Miguel.

— ¡Luisa! ¡Luisa! gritaba el *lazzaroni* tratando en vano de reanimar á su hermana de leche.

— ¡*Ananke!* murmuró una voz á su espalda.

Miguel volvió la cabeza.

Detrás de ellos había una mujer de pie é inmóvil: la luz de un relámpago rasgó entonces las tinieblas y Miguel reconoció á la albanesa Nanno, la cual, viendo que San Felice marchaba á Sicilia y que Luisa se quedaba en Nápoles, acababa de pronunciar en griego la misteriosa y terrible palabra que sirve de epígrafe á este capítulo: FATALIDAD.

Mientras tanto, el bote en que iba San Felice desapareció tras la maciza y tenebrosa mole del castillo del Huevo.

FIN DEL TOMO CUARTO.

## INDICE

CAP. I. — La victoria.....	5
— II. — La vuelta.....	20
— III. — Las inquietudes de Nelsón.....	41
— IV. — Todo se ha perdido, incluso el honor.....	53
— V. — Donde Su Majestad concluye por no estar más enterado al fin que al principio.....	66
— VI. — Donde Vanni se acerca al objeto que ambicionaba tanto tiempo hacia....	79
— VII. — Ulises y Circe.....	88
— VIII. — El interrogatorio de Nicolino.....	103
— IX. — El abad Pronio.....	121
— X. — Un discípulo de Maquiavelo.....	139
— XI. — Donde Miguel el Loco es nombrado capitán, esperando que le nombren coronel.....	152
— XII. — Amante y esposa.....	168
— XIII. — Los dos almirantes.....	183
— XIV. — Donde se explica la diferencia que hay en los pueblos libres y los pueblos independientes.....	200
— XV. — Los bandoleros.....	213
— XVI. — El subterráneo.....	225